CUARENTA AÑOS DEL COVIÁN

Queridos colegas, compañeros y excompañeros que aquí os habéis reunido con la intención de conmemorar el aniversario de un lugar en el que todos hemos dejado una parte de nuestra vida. Tengo la suerte de disfrutar de unos minutos para glosar lo que ha sido este tiempo, ocho lustros de historia, de nuestra vida y de la vida del barrio en el que se enclava, pero antes de empezar querría dedicar el principio de la alocución al recuerdo de los compañeros que ya no están entre nosotros.

La lista, por desgracia, es demasiado larga; la enumeración resultaría dolorosa, así que es mejor dejar aquí la cita y continuar adelante. Como profesor que fui y sigo siendo, me gusta, antes de empezar a hablar, hacer referencia a lo que voy a contar. Así que allá va: primero comentaré algo del espacio físico que ocupa el barrio de las Fuentes; después haré una breve historia del centro y para terminar enumeraré las que creo que han sido las claves de este centro, que, como en toda historia, han sufrido de procesos de cambio y de continuidad.

El barrio de las Fuentes es bastante joven dentro de la larga trayectoria de la urbe en la que se ubica. Enclavado entre el Huerva y el Ebro, al este de la ciudad, su feracidad hacía que fuera un barrio agrícola, muy cercano a las numerosas torres que hoy dan nombre a una de las arterias que lo limitan (Camino de las Torres al Oeste, Miguel Servet al sur, el Ebro al norte; la Cartuja, al este). Las frecuentes inundaciones de esos dos ríos hacían que esta zona fuera rica en fuentes y manantiales, de ahí su nombre. Y los más antiguos recordarán que la zona en la que se enclava, donde hoy se sitúa el parque de Torre Ramona, estuviera muchas veces inundada por afloramientos de agua superficial.

Los vecinos del barrio que fueron niños en los años sesenta me contaban cómo jugaban a barcos en los canales de agua que surgían naturales por esta zona.

Cualquier historia empieza por la geografía. Ya se ha hablado de su emplazamiento al este de la ciudad. No está de más recordar el clima que sufrimos. Siempre nos ha acompañado el molesto viento del Noroeste, el cierzo. Por ello, al este de Zaragoza se han ubicado industrias molestas

(piénsese en el barrio de las Tenerías de Zaragoza) o incluso necrópolis (la de Santa Engracia en la Zaragoza paleocristiana) y alguna romana que apareció en el solar del instituto Pablo Serrano o la musulmana que acaba de hallarse junto al Huerva en las obras de reforma de la plaza de San Miguel.

Por esa razón, los tres servicios de la ciudad que dieron origen al barrio fueran lugares destinados a expeler malos olores. Estos tres hitos de nuestra historia son la estación de Utrillas, el Matadero y las cocheras de los tranvías.

La estación de Utrillas en realidad tiene otro nombre, pues se llamó Estación Cappa, por ser León Cappa, dueño de la concesión del ferrocarril entre Zaragoza y Escatrón, quien la puso en funcionamiento entre 1860 y 1865. El uso que se le dio fue para proveer de carbón a las nacientes fundiciones de la ciudad, muchas de ellas ubicadas en los barrios industriales de San José y Montemolín.

Años más tarde, la estación pasó a ser utilizada como terminal de la línea entre Utrillas y Zaragoza, que funcionó entre 1904 y 1966, con el mismo uso de ser suministradora de los lignitos procedentes del Bajo Aragón.

El Matadero se inauguró en 1885 (cien años que nuestro centro) y fue diseñado por Ricardo Magdalena, el mismo arquitecto municipal que años más tarde proyectaría la nueva Facultad de Medicina y Ciencias, el actual Paraninfo. En aquel mismo año el nuevo matadero sirvió de sede de la Exposición Industrial y Agrícola de Zaragoza. Funcionó hasta 1980.

Las dependencias de los tranvías, curiosamente también coinciden con el aniversario del Covián. La primera línea de tranvía, que entonces era de “sangre”, de tracción animal, circulaba entre la plaza de la Constitución (actual plaza de España) y la estación de Cappa. Por eso se la conocía como línea 1, del Bajo Aragón o de Cappa. Se creó para facilitar el acceso del público a la recién inaugurada Exposición en 1885, así que, otra vez se produce la feliz coincidencia de que el nacimiento del Covián coincida con el centenario del tranvía, que tuvo sus dependencias en las cocheras que se crearon en este barrio. Estuvieron en funcionamiento hasta 1976.

La puesta en funcionamiento del Canal Imperial, a finales del siglo XVIII, mejoró el regadío de unas tierras que ya gozaban de gran feracidad por la proximidad de las riberas del Huerva y del Ebro. Zona en la que se levantaban torres y molinos, fue codiciada por los nuevos ricos, muchos de origen burgués, que se consolidaron en el siglo XIX y adquirieron sus tierras.

Dos de estos nuevos ricos levantaron aquí sus fincas que tendrían gran impacto en el futuro del barrio. Uno fue Miguel de Larrinaga, un importante naviero vasco que había formalizado noviazgo mientras estudiaba Derecho en Zaragoza, con Asunción Clavero, natural de Albalate del Arzobispo. Para ella hizo construir el espléndido palacio que nunca llegaron a habitar. Levantado a principios del siglo XX, fue vendido a la empresa Giesa en 1942 y, posteriormente, a los Marianistas, que levantaron un colegio que sigue funcionando. El palacio es ahora propiedad de Ibercaja.

Francisco Andrés, un filántropo que había hecho fortuna en la América colonial, compró una finca en los terrenos donde ahora está el parque y levantó el edificio de Torre Ramona dedicado a su madre, Ramona Oliván. La compra se produjo en 1891, pero su madre falleció pronto y en 1900 donó los terrenos a la Diputación Provincial de Zaragoza, con la condición de que se dedicara a obras de beneficencia y formación para los jóvenes y que se evitara su división y la especulación con sus suelos.

Pasó por diversos usos: hospicio, manicomio, reformatorio, escuela de enseñanza agraria para niños pobres y escuela religiosa en la que trabajaron distintas órdenes hasta que pasó al Ayuntamiento en 1980, que decidió aprovechar los terrenos para construir un parque y dotarlo de servicios educativos (el colegio Torre Ramona y el instituto Grande Covián).

Hoy los restos de aquella torre están en ruina y su futuro todavía está en el aire: el ayuntamiento quiere construir; la asociación de vecinos del barrio reclama que se declare parte del edificio como Bien de Interés Cultural (al menos la capilla) y que el resto tenga un uso público.

Pasaron los años, llegó la guerra civil y poco después comenzó la urbanización del barrio. Los tres motores de la creación del barrio

(matadero, estación y cocheras de tranvías) fueron también los causantes de su crecimiento.

El Matadero sirvió de atractivo para ubicar en sus proximidades la Facultad de Veterinaria en 1951, unos años después de que sus estudios alcanzaran el grado universitario.

Los propietarios de las cocheras de los tranvías, la familia Escoriaza, decidieron sacar partido de los solares que habían adquirido por bajo precio, como terrenos agrícolas, para convertirlos en suelo urbano y hacer un gran negocio. Así, a partir de 1949, se construyeron los primeros bloques de viviendas: casas pequeñas (48m^2), destinadas a la clase obrera, sin servicios públicos y con una alta densidad de edificación.

Finalmente, la estación de Utrillas sirvió como receptora del gran aluvión de población rural que en los años 60 emigró a las ciudades, como efecto de los nuevos Planes de Desarrollo. Gran parte de estos emigrantes procedía del Bajo Aragón, cuando se cerraron muchas minas de lignito y encontraron acomodo en el barrio. Otro contingente importante procedía de los pueblos afectados por la construcción de embalses en las cuencas de los ríos pirenaicos. Muchos vinieron de los tres pueblos que hizo desaparecer la construcción del embalse de Yesa (Tiermas, Ruesta y Escó).

El rápido crecimiento dio origen a un barrio con muy pocos servicios, viviendas de protección oficial, sin garajes ni ascensor (aunque eso evitó la construcción de colmenas de grandes dimensiones). Con problemas de circulación desde el primer día, muy mal comunicado. Sin parques, sin servicios culturales, sin centros de ocio, con muchas industrias peligrosas en los bajos de las casas y sin fuentes, pese a su topónimo.

Todavía se pagan esos peajes en un barrio con problemas de aparcamiento. Fue entonces, a finales de los 50, cuando un sacerdote riojano, Julián Matute, decidió construir un centro educativo que se convirtió en uno de los mayores de Europa, con más de 7000 alumnos. Todos los escolares del barrio acudían allí, porque no existía ningún otro centro educativo.

El barrio sufrió su mayor tragedia en diciembre de 1973 cuando el incendio en una tapicería de la calle Rodrigo Rebolledo acabó con la vida de 23 de sus obreros, en medio de unas condiciones que marcaron la vida

de la ciudad (en esa misma década se produjeron el incendio del Hotel Corona de Aragón y el de la discoteca Flying). De ahí y del deseo de poner una gasolinera en medio del barrio surgió una poderosa organización vecinal que promovió la primera manifestación autorizada, incluso antes de la muerte del dictador.

La llegada de la democracia, especialmente el triunfo de la izquierda en las elecciones municipales de 1979, supuso una transformación para el barrio, sobre todo en el terreno educativo, cuando se decidió la creación de nuevos centros de primaria y secundaria. Así surgieron los dos institutos en los terrenos antes anegados en los terrenos de Torre Ramona: El Pablo Serrano para los estudios de Formación Profesional y el Francisco Grande Covián (antes mixto 14) para los estudios de Bachillerato. También se construyó el colegio de Infantil y Primaria y el Centro de Salud, además del parque, los tres con el mismo nombre de Torre Ramona.

Nuestro centro sufrió un aluvión de matrículas, muchas de ellas procedentes de zonas alejadas del barrio. Llegaron varios profesores, casi la mitad de ellos procedían de la escisión del antiguo Mixto 4 el Portillo, quienes, en principio, se encargaron de la gestión del centro (Larrodera, Lozano, Pellicer), mientras que el resto fueron aquí destinados después de una larga estancia fuera de Zaragoza, eran profes “con solera”. Entre unos y otros conformaron un claustro en el que se pueden destacar varias características que dieron un aire propio al centro:

a) Dinamismo cultural: una gran cantidad de trabajos. actividades, viajes, intercambios (Bretaña, Lanzarote, Praga, Filadelfia, Nakka (Suecia), Milán), los Caminos de Santiago, encuentros con escritores y científicos, ajedrez, concursos, biblioteca, certámenes y recitales literarios, club de lectura, talleres de cine, actividades musicales con potentes coros de alumnos y profesores, participación en varios equipos y premios deportivos, premios otorgados por la Asociación de Madres y Padres del centro, etc.

b) Estabilidad en los claustros (las alineaciones de los primeros veinte años del centro se pueden recitar “de memoria”, como las alineaciones de los míticos magníficos y zaraguayos del Zaragoza o el equipo de la Recopa del 95), esto se debe al esfuerzo de la dirección por

mantener al profesorado en sus puestos, evitando que fueran desplazados o que se cerraran aulas.

c) Estrecha relación entre Departamentos y profesores, colaboración en intercambios, “buen rollo” (se instituyó una cena de acogida a los nuevos). Muchos interinos que han estado en el Covián acaban volviendo al centro (“Viajes Covián os conmoverán”, cenas y comidas de grupo, la “paella de Isla”, las jubilaciones).

d) El orgullo de pertenecer al Covián se mantiene después de la jubilación: los profesores que terminaron su tarea continúan reuniéndose en comidas, cenas, excursiones y mantienen su colaboración con el centro.

e) Calidad educativa, siempre se han obtenido unos resultados académicos extraordinarios en Selectividad (algún compañero mío en las correcciones hablaba de que sentía “el aroma del Covián” al corregir los exámenes de nuestros alumnos), premios en diversas Olimpiadas educativas y en todo tipo de certámenes (Agencia Tributaria, Viajes Culturales, Prensa-Escuela, ONCE, Ruta Quetzal…).

f) Adaptación a los numerosos cambios y reformas en las leyes educativas que han ido saliendo como setas en estos años de bipartidismo. Adaptación también a la profunda transformación tecnológica y social (cambios en los planes de Secundaria y Bachillerato, TICS, integración, nuevas necesidades curriculares, inmigración, atención a la diversidad, Covid, nuevas enseñanzas…).

Esta manera de ser del Instituto Grande Covián se ha mantenido durante estos cuarenta años que han coincidido con una profunda transformación social del barrio: han desaparecido los antiguos talleres mecánicos, obligados a desplazarse, como también ha sufrido una gran crisis el pequeño comercio (la estación de Utrillas es hoy un gran hipermercado); ha llegado, sobre todo, a partir del 2000, la inmigración (estudiantes de treinta nacionalidades se integran en el centro); nuevas construcciones ocupan los solares que antes ocupaban grandes empresas (Schindler, Giesa), o en el entorno del pabellón Príncipe Felipe y de la estación de Utrillas…

Pese a las mejoras que trajo la Expo 2008 a la ciudad, muchas de ellas pasaron de largo por el barrio o incluso se vio afectado

negativamente: las comunicaciones (puente de la Unión, puente del Azud, puente Manuel Giménez Abad) han mejorado los accesos al otro lado del Ebro, pero el barrio ha permanecido aislado, encajado entre grandes avenidas -Cesáreo Alierta y su prolongación hasta la carretera de Castellón, Z30, Camino de las Torres-.

La línea de tranvía ha favorecido la comunicación Norte-Sur (barrios de clase media alta: Valdespartera, Actur, Parque Goya), pero han olvidado la conexión Este-Oeste, entre los grandes barrios obreros (Las Fuentes y Delicias, así como los cercanos San José, La Paz, La Bombarda). Además, las líneas de autobús que comunicaban el barrio con el resto de la ciudad han quedado muy dañadas en sus funciones por la apertura del tranvía.

Hubo una gran mejora en el cierre de la ciudad por la parte Oeste: la Almozara, el parque del Agua, Miralbueno, el nuevo barrio junto a la estación Delicias; pero se olvidó el cierre por el Este, pese a las promesas de hacerlo después de la Expo 2008 que tuvieron que olvidarse por la crisis. (Expofloral, huertos urbanos).

El barrio sigue teniendo las rentas medias más bajas de la ciudad tanto por hogar como por persona. Gran parte de las edificaciones que le dieron origen en las décadas de los 50 y 60 tienen problemas de aislamiento y siguen sin garaje ni ascensor, ocupadas ahora por grupos sociales marginales.

Una nueva amenaza supone la reciente concertación del bachillerato, que es un peligro para la enseñanza pública del barrio. Nuestro centro, una vez más, tendrá que adaptarse para evitar este perjuicio, al tiempo que tendrá que seguir peleando por mejorar la situación social del entorno en el que se ubica. Como su historia le avala, hay que confiar en que el instituto participe en este proceso de cambio manteniendo la continuidad del espíritu con el que ha funcionado durante estos cuarenta años.

Luis Barreiro Bordonaba

Profesor de Geografía e Historia

IES Francisco Grande Covián